



Anuario de Historia de la Iglesia
ISSN: 1133-0104
ahig@unav.es
Universidad de Navarra
España

Montagnes O. P., Bernard
Marie-Joseph Lagrange frente a los teólogos hostiles a los exégetas
Anuario de Historia de la Iglesia, vol. 16, 2007, pp. 97-112
Universidad de Navarra
Pamplona, España

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=35516006>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

Marie-Joseph Lagrange frente a los teólogos hostiles a los exegetas

Bernard MONTAGNES O.P.

Resumen: El presente artículo quiere mostrar cómo a propósito de la controversia modernista se acentuó el debate sobre la compatibilidad entre la teología y la exégesis. Lagrange, tomista convencido, sostenía que un teólogo debe ser también un exegeta y viceversa. En cambio, afamados teólogos tomistas se declaraban contrarios a la crítica bíblica, comprometiendo a la escolástica. El conflicto entre método teológico y método histórico reportó grandes males a la investigación y enfrentó a autores que militaban en el mismo campo. Frente a la postura conciliadora de Lagrange, expuesta en la *Revue biblique*, se alzan las voces de Billot, Gayraud, Pègues y Fonck, que descalificaban sistemáticamente al teólogo dominico.

Palabras clave: Lagrange, Billot, Gayraud, Pègues, modernismo, *Revue biblique*.

Abstract: This article intends to show how the modernist controversy intensified the debate on the compatibility between theology and biblical studies. Lagrange, a firm thomistic scholar, claimed that a theologian should also be an exegete and viceversa. On the other hand, other renowned thomistic theologians declared views contrary to biblical criticism, thus compromising scholastic theology. The conflict between the theological method and the historical method only undermined investigation and caused disagreement among scholars in the same area of studies. In response to Lagrange's conciliatory beliefs put forth in *Revue biblique*, Billot, Gayraud, Pèques and Fonck, systematically depreciated the dominican theologian.

Key words: Lagrange, Billot, Gayraud, Pègues, modernism, *Revue biblique*.

Que el dominico Marie-Joseph Lagrange¹ recibió una formación teológica seria y que fue un tomista convencido, quedó demostrado en 1993 gracias a mi estudio sobre el tema,

1. Bernard MONTAGNES, *Marie-Joseph Lagrange, Une biographie critique*, Paris, Éditions du Cerf, 2004 [publicado en 2005], 626 p.

Bernard Montagnes

titulado: *Le thomisme du Père Lagrange*². Según el fundador de la École Biblique de Jerusalén, ser exégeta y teólogo no es incompatible: «no hay razón por la cual un exégeta no pueda llegar a ser un buen teólogo, es más, debería ser su deber», afirmó en 1906³. En cambio, los defensores más reconocidos de la teología tomista, al declararse contrarios a la crítica bíblica, comprometían a la escolástica, de la que se declaraban sus máximos representantes. Este conflicto entre el método histórico y el método teológico, le parecía al padre Lagrange no solo lamentable sino, sobre todo, nocivo para ambas partes. Mientras tanto, ciertos representantes de la teología escolástica se entretenían acentuando este antagonismo.

1. El jesuita Luis Billot

Un destacado exponente de la oposición entre teología e historia fue el jesuita Luis Billot (1846-1931), uno de los teólogos romanos más reputados. De hecho, Billot se jactaba, en 1902, delante de uno de sus colegas: «Hace veinte años que enseño, y mis alumnos ignoran la existencia de una cuestión bíblica»⁴. En el mismo sentido, en su obra *De inspiratione*, publicada en 1903, Billot se entregaba a una crítica total de los géneros literarios, que él consideraba como un expediente ruinoso para la veracidad de las Escrituras. Como Dios es el autor principal de la Biblia –razonaba–, he aquí el único género literario específico del libro, que éste ha sido revelado por Dios. En 1907, en *De immutabilitate traditionis*, reforzaba aún más la incompatibilidad del método teológico con el histórico.

Este teólogo de reconocido prestigio, lejos de encerrarse en especulaciones teóricas, fue un personaje influyente (hecho que el P. Lagrange, consultor de la Comisión Bíblica, no ignoraba). En dos consultas teológicas dirigidas a dicha Comisión, Billot intentó demostrar, en nombre de la teología escolástica y a golpe de silogismo, 1º que el versículo de 1 Jn 5, 7 sobre los tres testigos celestes, pertenece al canon de las Escrituras y que, por ello, goza de autoridad dogmática (en esta consulta, Billot se basaba en Bossuet contra Richard Simon); 2º que la autenticidad mosaica del Pentateuco es una verdad de fe susceptible de ser definida como tal. Se comprende la reacción indignada de los peritos de la Comisión que eran biblistas de profesión.

El padre Lagrange tuvo la precaución de no oponerse frontalmente a una autoridad teológica tan asentada. A un teólogo escolástico tan ferozmente contrario a toda innovación exegética, la *Revue biblique* de julio de 1906 opuso otro teólogo escolástico favorable a las investigaciones críticas, en la persona de Monseñor Horacio Mazzella, arzobispo de Rossa-

2. Bernard MONTAGNES, *Le thomisme du Père Lagrange*, en *Ordo sapientiae et amoris. Image et message de saint Thomas d'Aquin à travers les récentes études historiques, herméneutiques et doctrinales, Hommage au professeur Jean-Pierre Torrell OP à l'occasion de son 65e anniversaire*, Éditions universitaires, Fribourg (Suisse) 1993, pp. 487-508.

3. *Revue Biblique*, en adelante, *RB* 15 (1906) 303.

4. Información dada por Mons. Touchet, citado por Albert HOUTIN, *Histoire du modernisme catholique*, edición del autor, París 1913, p. 208, nota 3.

Marie-Joseph Lagrange frente a los teólogos hostiles a los exégetas

no. Éste era un teólogo que había sido alabado por Pío X, pero sobre todo era sobrino del difunto cardenal jesuita Camillo Mazzella, del cuál el P. Genocchi había escrito después de su muerte († 26 de marzo de 1900): «Incluso los jesuitas dicen: estamos mejor sin él que con él»⁵. Por su parte, el mismo Lagrange reconoció: «Es un hecho que en Roma aquellos que no se habían comprometido en una reacción a ultranza respiraron más libremente [después de la muerte del cardenal]»⁶. En sus *Praelectiones scholasticae dogmaticae*, basándose en el P. Lagrange, en el P. Hummelauer y en el P. Prat, Horacio Mazzella sostén que el sentido de las Escrituras dependía del género literario de cada escrito bíblico y se oponía a las afirmaciones excluyentes de Billot. En concreto, sobre la exclusión de toda crítica, la *Revue biblique* ironizaba de la siguiente manera: «Es muy sorprendente que la obra de Mons. Mazzella no haya sido mencionada ni por el Rev. P. Brucker, ni por el Rev. P. Fonck, ni por el Rev. P. Schiffini [dicho de otra manera, por los jesuitas reconocidos como adversarios de la crítica bíblica], los cuáles no deben ignorar el nombre del difunto cardenal Mazzella, S. J., ni el de su sobrino, Mons. Horacio Mazzella, ni tampoco que las *Praelectiones* han sido honradas con un breve de Su Santidad Pío X»⁷.

La *Revue biblique* de octubre de 1906 apeló a la misma táctica, al recensionar la segunda edición del *De inspiratione* de Billot, reproduciendo la crítica pertinente que había publicado el *Bulletin de littérature ecclésiastique* [revista del Instituto Católico de Toulouse]. En esta nueva edición –decía el *Bulletin*–, «parece que el Rev. P. Billot ha exagerado, lejos de atenuarla, su repugnancia por los hechos concretos y reales, así como su impotencia para leer los textos con serenidad y objetivamente»⁸. Daba igual que Billot interpretase abusivamente el decreto de la Comisión Bíblica sobre las citas implícitas, que caricaturizase las posiciones de Mons. Batiffol sobre la Eucaristía, o las de Mons. Mignot sobre las Escrituras, o que argumentase contra el método histórico de un judío que se reía del cristianismo; siempre, en todo caso, se trataba del mismo desconocimiento de los hechos concretos en nombre de razones abstractas. Como subrayaba Lagrange, no es posible «suplir el examen de los hechos bíblicos por el razonamiento y las deducciones»⁹.

¿Desacreditándose de esta manera sobre el terreno histórico, qué autoridad le podía quedar al P. Billot en el mismo campo de la escolástica? Tal descrédito, ¿no era motivo suficiente para rechazarlo como incompetente también en las cuestiones de crítica histórica en materias de doctrina teológica? Esta idea es la que daba a entender el *Bulletin de littérature ecclésiastique* con palabras encubiertas: «Aunque dentro de la Compañía de Jesús, su tomismo extremo está lejos de aglutinar a todos los tomistas, nadie puede negar el rigor escolástico de este Rev. P. Él no entra en las cuestiones de hecho, de crítica, de historia». Esto suponía el rechazo de las pretensiones de Billot.

5. G. Genocchi a F. X. Kraus, 31 marzo de 1900: *Carteggio Genocchi*, Edizioni di Storia e Letteratura, Roma 1978, I, p. 516.

6. *Souvenirs personnels*, Éditions du Cerf, Paris 1967, p. 106.

7. RB 15 (1906) 490-491.

8. BLE 7 (1906) 228-232.

9. RB 15 (1906) 303.

Bernard Montagnes

2. El sacerdote Hippolyte Gayraud

Hippolyte Gayraud (1856-1911), conocido sobre todo como personaje político y diputado por Brest, había sido dominico en la provincia de Toulouse y condiscípulo del P. Lagrange en Salamanca. Un año menor que Lagrange, sin embargo, le había precedido en dos años en el ingreso en la Orden. Profesor de la Universidad católica de Toulouse antes de abandonar la Orden a inicios de 1893, se había posicionado como defensor de la ortodoxia tomista en sus combativas publicaciones contra el molinismo, antes de transformar en 1896 a Tomás de Aquino en precursor de [Édouard] Drumont. Sin embargo, el P. Lagrange no lo tenía por un interlocutor desdeneable cuando escribía en 1937 en sus *Souvenirs de Salamanque*: «Estaba tan mal preparado para una acción social, el padre Inocente Gayraud, tan cogido por los problemas especulativos, que en una ocasión comenzamos una discusión en la puerta del convento y no la habfamos terminado al llegar a la puerta de los carmelitas de Alba de Tormes [a veinte quilómetros de Salamanca]. Salido de la Orden para administrar toda su libertad, fue rápidamente agotado y consumido por una existencia demasiado activa»¹⁰.

La *Revue biblique* se refirió a Gayraud en tres ocasiones. En primer lugar en enero de 1902, a propósito de su libro *La Crise de la foi*, publicado en 1901, donde la cuestión bíblica constituía uno de los elementos de la crisis. Aún con reservas (sin hacerlas explícitas) sobre los argumentos del autor, la *Revue biblique* citaba las conclusiones Gayraud, por su clarividencia en cuanto a los derechos de la crítica y la colaboración deseable entre exegetas y teólogos:

«En necesario para combatir la crisis bíblica de la fe, no repudiar el uso de la crítica bíblica, sino al contrario usar este método y aplicarlo a la investigación. La Biblia, en cuanto documento humano cae bajo el campo de la crítica y no debe temer las investigaciones. No es por medio de actos de autoridad, legítimos por otra parte y justificados, que hay que defenderla contra los argumentos de ciertos críticos. *La crítica es la única que puede dar una respuesta victoriosa a la crítica.* Conviene que ella hable con total libertad. [...] Hay que extremar la discreción y reserva al dejar hablar categóricamente a la tradición, cuando la Iglesia no ha definido nada. El método crítico debe ser una gran ayuda para los teólogos de la Escuela, en sus discernimientos. Y los exegetas, por su parte, aprenderán de los teólogos a desconfiar de los entusiasmos de su método»¹¹.

Por segunda vez aparece Gayraud, cuando el P. Lagrange publicó en la *Revue biblique* de abril de 1903 un estudio crítico sobre *L'Evangile et l'Eglise*, de Alfred Loisy¹². Gayraud, en un artículo en el periódico *L'Univers*, había imputado a la crítica bíblica la responsabilidad de los errores de Loisy y se había alineado entre aquellos que, según Lagrange, «habían aprovechado la ocasión para englobar, dentro de su reprobación, a todos los críti-

10. Artículo reproducido en Marie-Joseph LAGRANGE, *L'Écriture en Église*, Éditions du Cerf, Paris 1990, p. 85-99 (cita p. 94).

11. RB 11 (1902) 135-136. El subrayado es mío.

12. RB 12 (1903) 292-313.

Marie-Joseph Lagrange frente a los teólogos hostiles a los exegetas

cos bajo el vocablo de *criticistas*. M. Gayraud, gran teólogo escolástico, después de haber señalado con acierto algunas de las consecuencias del libro [de Loisy], se había limitado a condenar en bloque el método de los criticistas»¹³.

Frente a tamaña objeción a la exégesis histórica, Lagrange expresaba sus propias convicciones en términos cuidadosamente sopesados:

«Esta injusticia y este desdén por los procedimientos críticos son quizás una de las causas del entusiasmo que el libro [de Loisy] ha despertado entre los jóvenes [se entiende entre los jóvenes sacerdotes]. Es necesario reconocer, después de tantos años de renacimiento, que la escolástica está más desacreditada que nunca entre las nuevas generaciones y, fenómeno destacable, sobre todo allí donde solo parecía que triunfaba ella.

Es verdad que este descrédito se debe más a la manera en que se práctica, que a ella misma. Con demasiada frecuencia los teólogos han considerado la exégesis y la historia como rivales inoportunos, sin darse cuenta que eliminándolas destruirían sus propias bases. [...] No es suficiente culpar a la crítica de todo el mal, y M. Gayraud habría hecho mejor con decir que sólo la crítica puede combatir a la crítica»¹⁴.

Y cuando Gayraud, para contradecir a Loisy, sostuvo que, en los escritos apostólicos, «la personalidad de los escritores se esconde casi enteramente para dejar su lugar a Aquel del cuál ellos transmiten fielmente el discurso y del cual ellos narran escrupulosamente sus acciones», Lagrange le reprochó el desconocimiento de que «existe en el mismo Nuevo Testamento un desarrollo dogmático, y que es cosa natural que tal desarrollo haya comenzado antes de la época de los evangelios». En cuanto a las conclusiones de la crítica, «no se trataba de una cuestión de gusto, ni de razón, sino de hecho¹⁵. [...] Era una cuestión de medida, entre una desconfianza exagerada y una confianza ingenua». La crítica se pronuncia después de largos estudios especializados, «en materia de hechos [entiéndase los hechos bíblicos] donde el buen sentido y la filosofía se muestran igualmente impotentes».

En resumen, según Lagrange, no era anatematizando la crítica bíblica en nombre de la teología escolástica que se podía reconciliar a los jóvenes espíritus con el tomismo, sino intentando que la teología y la crítica se ayudasen, en lugar de contradecirse. En este sentido, cabe destacar la observación que formulaba Lagrange en julio de 1905 a propósito del dominico Domenico Zanecchia, antiguo regente de la Minerva, que había sido profesor de dogma en Saint-Étienne de Jerusalén, entre 1892 a 1894, autor de una notable obra sobre la teología de la inspiración: «Aquellos que parecen disfrutar acentuando o provocando un conflicto entre los teólogos y los exegetas deberían, por lo menos, distinguir entre unos teólogos y otros». El P. Zanecchia, representante puro de la tradición tomista, del quien Lagrange admiraba su

13. RB 12 (1903) 298.

14. Alusión a sus conclusiones de 1902 (*ut supra* nota 11).

15. «Existen diferencias en los discursos y en las historias, añade Lagrange, y estas diferencias han de tener su razón de ser, sea en las condiciones de la transmisión oral, sea en la actividad literaria de los escritores. Estas diferencias han sido reunidas con cuidado, analizadas con finura, y hay que admitir que, a menudo, no se puede discernir el motivo de estas divergencias, ni siquiera la palabra precisa, ni la circunstancia concreta que está en su origen» (p. 299).

Bernard Montagnes

amplitud de miras, «es la prueba –añadía Lagrange– de que los exégetas sólo tienen que pedir la autorización para aplicar los principios reconocidos por la teología tomista*. [...] He aquí un teólogo [Zanecchia] que sabe distinguir aquello que, con los Padres, hay que sostener inequívocamente y el campo donde la crítica se puede aplicar sin riesgo»¹⁶.

Por tercera vez, en abril de 1907, el P. Lagrange se refirió a Gayraud, por su obra publicada en 1906, *La Foi devant la Raison*, que mostraba por la crítica un aprecio más equilibrado que en 1903¹⁷. Gayraud era un teólogo ajeno a los estudios bíblicos que, en ese momento, abrigaba intenciones pacíficas hacia los exégetas. Reconocía, en su último libro, que la crítica tenía frente a sí un vasto campo libre para sus investigaciones y sus hipótesis, y que los biblistas podían aventurar soluciones novedosas a los problemas levantados por la exégesis moderna. A lo cual añadía Lagrange: «M. Gayraud traza a continuación un cuadro muy detallado de las libertades que se toman los exégetas. Tiene la delicadeza de no constituirse en juez, si bien es evidente que él no las reprende como teólogo y que las menciona como apologista».

El P. Lagrange extraía una lección más general: «Sería un error dividir en dos campos a los teólogos y a los exégetas. Gracias a Dios, existen exégetas que conocen la teología clásica, y entre los teólogos ajenos a nuestros estudios son cada vez más numerosos los que reconocen su necesidad y están dispuestos a abandonar las críticas y a dedicarse en paz a su duro trabajo».

3. *El dominico Thomas Pègues*

Se le hacía difícil al P. Lagrange colocar en la misma categoría a Gayraud y a su compañero dominico Thomas Pègues¹⁸, en aquel entonces profesor de teología en Toulouse y colaborador de la *Revue thomiste*¹⁹. Pègues era más joven que Lagrange: entre ellos mediaban nueve años, tanto por la edad (Lagrange es de 1855, Pègues de 1864), como por la fecha de profesión dentro de la Orden dominicana (uno en 1880, el otro en 1889).

Las relaciones de Pègues con Lagrange habían comenzado, porque el teólogo, en una carta publicada en la *Revue biblique* en enero de 1897²⁰, había avalado las reflexiones del exégeta sobre la inspiración de los escritos bíblicos: «Algunos encontrarán, quizás, que usted es demasiado atrevido y que abre la puerta a peligrosos abusos en su aplicación», había escrito. Sin embargo, estimaba Pègues las sabias normas establecidas por Lagrange,

* Es decir: están tan bien pertrechados que, sin riesgo alguno, sólo les falta que se les autorice a aplicar los principios de la teología tomista a la exégesis (N. de la R.).

16. RB 14 (1905) 450-451.

17. RB 16 (1907) 289.

18. Henri PÈGUES [en religión Thomas] (1864-1936), *Catholicisme*, t. X, col. 1068-1069.

19. Henry DONNEAUD ha mostrado ya las posiciones de Pègues en su comunicación en el coloquio dedicado al centenario de la *Revue thomiste*: *La «Revue thomiste» et la crise moderniste*, en *Saint Thomas au XX^e siècle*, Éditions Saint-Paul, Paris 1995, pp. 76-94.

20. Thomas M. PÈGUES, *À propos de l'inspiration des Livres saints. Lettre au P. Lagrange*, en RB 6 (1897) 75-82.

Marie-Joseph Lagrange frente a los teólogos hostiles a los exegetas

que permitían orillar el peligro. El tono cambió cuando en la *Revue thomiste* de marzo-abril de 1904, Pègues acusó a Lagrange de haber sostenido que no se puede considerar a los evangelistas ni como testigos oculares, ni como historiadores de absoluta precisión:

«¡Admitiría, entonces, el Rev. P. [Lagrange] que, en “el conjunto de la materia histórica” de los evangelios, hay “palabras” atribuidas a Jesús que no son suyas, entendiendo por esto, no las palabras propiamente dichas –cosa que todo el mundo admite–, sino el sentido que expresan; o “hechos” que no son “absolutamente ciertos”; y ello a pesar del carácter de autores inspirados y canónicos reconocido a los evangelistas? [...] Si [los evangelistas] han modificado las palabras o los gestos de Jesús, ¿en qué para la inspiración?»²¹.

En nombre de la inspiración de las Escrituras, el teólogo reprochaba a Lagrange, tanto como a Battifol, de compartir con Loisy el mismo principio de base, es decir, que se puede clasificar o graduar la historicidad de los evangelios, mientras que los Padres y Doctores habían mantenido escrupulosamente el rigor histórico hasta de las palabras y de los gestos de Jesús menos importantes.

«He aquí el punto de partida que excava el abismo entre el antiguo método, unánime dentro de la Iglesia, y el nuevo método ensalzado por los críticos. Para unos, el Evangelio es un bloque, absolutamente intangible, para los otros, se puede y se debe desmenuzar: no es más que una cuestión de grados. [...] Todo el mundo sabrá gracias al P. Lagrange y a Mons. Batiffol, que se han separado de M. Loisy en aquello que concierne a la nueva construcción histórica propuesta por este último. Pero muchos abrigarán inquietudes a propósito de un método que conduce a declarar que “es más fácil extraer de los evangelistas una doctrina religiosa, que meterlos poco a poco a componer una historia propiamente dicha”. Aunque sólo constituye una “dificultad”, más bien casi parece una “imposibilidad”, o esto, al menos, es lo que podría deducirse»²².

El teólogo rehusaba la crítica histórica de los Evangelios a causa del principio en el que, según él, reposa tal crítica:

«Este principio no es otro que el de la relatividad o del relativismo en materia de autoridad escriturística. La Escritura debe permanecer como un depósito sagrado e inviolable, ¿o se puede impunemente restringir, disminuir la autoridad o el valor, a los hechos y a los discursos que se nos relata? Esta es la cuestión, y todo el mundo sabe que los representantes más avanzados de los métodos nuevos dan una respuesta ligeramente diferente a la que tradicionalmente se daba en la Iglesia»²³.

A la postre, sin mencionar expresamente al P. Lagrange, la *Revue thomiste* se comprometió, bajo la pluma de Pègues, en una actitud cada vez más ofensiva hacia las nuevas ideas. En 1907, el teólogo intervino cuatro veces en dicha revista.

21. Thomas M. PÈGUES, *Autour des fondements de la foi: Critique et tradition, Lettres à M. l'abbé Loisy*, en RTh 12 (1904) 90-113 (p. 94-95).

22. RTh 12 (1904) 97.

23. RTh 12 (1904) 109.

Bernard Montagnes

En primer lugar en mayo-junio²⁴, con motivo de la encuesta del Dr. Marcel Rifaux sobre *Les Conditions du retour au catholicisme*, a fin de saber si el catolicismo permanecería irreconciliable con el pensamiento moderno²⁵. «En realidad, esta cuestión no existe para nosotros, replica Pègues, porque evidentemente, desde el punto de vista católico hace tiempo que esta resuelta»²⁶. Pero sobre todo Pfo X, en su alocución del 17 de abril de 1907, había denunciado el modernismo propuesto por los corresponsales del Dr. Rifaux, no solo como una herejía, sino como el resumen y el veneno de todas las herejías. «Aquellos mismos que el doctor y sus corresponsales llaman el remedio es, precisamente, lo que el papa nos señala como el mal, y aquello que para ellos es el mal se convierte para el papa en el remedio»²⁷.

Pègues continuó su ofensiva en julio-agosto²⁸, después del decreto *Lamentabili* (3 de julio de 1907), con un artículo sobre *L'hérésie du renouvellement*. Esta herejía, que atrae al clero joven, sostiene, según nuestro teólogo,

«las propuestas más temerarias, más extravagantes y más subversivas. Nada de lo que se aprendía antiguamente en el seminario, en cuestiones de historia sagrada o de explicaciones teológicas, es respetado. Todo es tamizado por el cedazo de la “crítica”, tratándolo de “antiguallas” o de “monsergas”. Uno se pregunta, escuchándolos, si muchos de estos jóvenes sacerdotes creen aún en los misterios más básicos».

Y Pègues hacía eco a Paul Barbier contra los biblistas:

«Exegetas y críticos están a punto de quitar toda autoridad a la Biblia, pretendiendo descubrir en ella errores históricos y científicos, y rechazando la autenticidad de algunos libros, mientras que otros no son, a sus ojos, más que piadosas novelas».

Igualmente, denunciaba en la exégesis: «la inclinación a disminuir lo más posible lo sobrenatural o maravilloso contenido en la Biblia»²⁹.

Dejemos de lado la manera como Pègues contestaba a la teología positiva, para centrarnos en la exégesis bíblica. En nombre de la teología, Pègues denunciaba «el papel que se atribuye la crítica literaria, histórica o exegética de los Libros santos», no viendo en esta crítica bíblica más que una táctica arbitraria, inspirada por una apriorismo puramente subjetivo, entrando en la vía de las concesiones por pura complacencia. Veamos como caricaturizaba a la exégesis bíblica:

24. Thomas M. PÈGUES, *L'enquête du Dr Rifaux*, en RTh 15 (1907) 216-222.

25. El doctor Marcel Rifaux (1872-1938) pertenecía, como su suegro el procurador Léon Chaine, al grupo lionés de católicos liberales que publicaban la revista *Demain*. Veáse *Rifaux* por Bernard COMTE, en el *Dictionnaire du monde religieux dans la France contemporaine*, Lyon, Beauchesne, París 1994, pp. 368-369.

26. RTh 15 (1907) 216.

27. RTh 15 (1907) 221.

28. RTh 15 (1907) 280-312.

29. RTh 15 (1907) 297-298.

Marie-Joseph Lagrange frente a los teólogos hostiles a los exegetas

«Nosotros torcemos los textos, los posdatamos, los alteramos, modificamos de principio a fin para que digan las cosas *como nosotros las queremos*. Esto ya no puede llamarse exégesis católica; no es más que fantasía»³⁰.

A la táctica *concesionista* del exegeta, Pègues oponía la lógica inflexible del teólogo que no transige jamás sobre aquello que él llama *el contenido objetivo* del texto bíblico:

«El Libro divino es aquello que Dios ha querido que fuese: es lo que es. Nuestro único deber es tomarlo tal como está, como Dios ha querido que fuera. [...] En hechos de verdad, no hay lugar para la conciliación o la concesión. Hay verdad o no hay verdad»³¹.

Con este racionamiento, el teólogo rechazaba absolutamente el derecho de toda crítica histórica a interpretar la Biblia:

«El remedio a este mal consiste en revalorizar el único método verdadero de interpretación de los Santos Libros, que era el método de los Padres. *Tomar la Escritura tal como es*, y no sólo como la quieren nuestros incrédulos y racionalistas contemporáneos. [...] Es hora de que, en lugar de consultar solamente a los racionalistas protestantes, volvamos a los Padres y Doctores. [...] El día en que esta norma sea recuperada y se practique, como debe ser, la autenticidad mosaica del Pentateuco y su historicidad no serán ya más negadas por los exegetas católicos. Ya no se usurparán los salmos a David sino que se le restituirán. Los libros de Isaías, de Jeremías, de Daniel y del resto de profetas serán devueltos a sus autores, que los reivindican. Y ocurrirá lo mismo con los evangelios de san Mateo, de san Marcos, de san Lucas y de san Juan, con el libro de los Hechos, y con el Apocalipsis. Todos los católicos continuarán leyendo estos libros como la Iglesia los ha leído hasta el día de hoy»³².

Solo el estudio de santo Tomás de Aquino, recomendado por las más altas autoridades de la Iglesia, permitiría remediar los errores del pensamiento moderno. Pero llegados a este punto, la aguda crítica de Pègues se hace más concreta y personal. Ya que la *Revue thomiste* se escribía e imprimía en Toulouse, en las inmediaciones del Instituto católico dirigido, en aquel momento, por Mgr. Batiffol, del cual sus adversarios obtendrían su deposición en Navidades de aquel mismo año de 1907, también Battifol fue manifiestamente golpeado por nuestro teólogo³³. Así atacaba Pègues:

30. Ejemplos dados por Pègues de este trato arbitrario, que reduce los relatos de la Biblia a mitos o símbolos, son: «De que la historia del paraíso terrenal, de la creación de la mujer, de su tentación por la serpiente, de la longevidad de los patriarcas, del diluvio, de las comunicaciones de Dios con Abraham, de la cautividad de Egipto, del éxodo de los Judíos, de su estancia en el desierto, de la toma de Jérico, de la fuerza sobrehumana de Sansón, y el resto, nos sorprendan a cualquiera de nosotros, ¿se ha de seguir que tenemos derecho a poner en duda tanto la autenticidad como la historicidad de tales relatos?», en RTh 15 (1907) 304.

31. RTh 15 (1907) 304.

32. RTh 15 (1907) 305-306.

33. «La cuestión es saber dónde están hoy los maestros que aman a santo Tomás, que cultivan su doctrina. Uno encontrará, sin duda, algunos que aún hablan de santo Tomás dejando entrever una sonrisa, mitad sarcástica, mitad desdenosa, que nosotros mismos hemos visto en tantos hombres, a quienes

Bernard Montagnes

«Que todos aquellos que, con cualquier título, ostentan una parte de la autoridad en la enseñanza católica, tomen conciencia de su deber, y trabajen eficazmente, sin plegarse al “pensamiento moderno”, sino trayendo el pensamiento moderno a la verdad, dándole lo más puro de la enseñanza que la Iglesia misma nos impone»³⁴.

En septiembre-octubre 1907, la *Revue thomiste* se abrió con el texto completo de la encíclica *Pascendi* en traducción francesa³⁵. Una nota de la redacción aseguraba que los lectores «podrán, así, darse cuenta de que, después de más de diez años, las falsas doctrinas que se encontraban expuestas y reprobadas en la encíclica, no habían cesado de ser combatidas y señaladas por la *Revue thomiste*». El comentario de la *Pascendi* del P. Pègues, *Autour de l'encyclique*, apareció en la *Revue thomiste* de noviembre-diciembre³⁶. En ese escrito, Pègues caracterizaba las opiniones modernistas condenadas por el papa, y lo hacía según el modelo de los cánones dogmáticos del Concilio de Trento: Si alguno sostiene..., que sea anatema. De su larga enumeración en veintiséis artículos (que yo he numerado), quisiera fijarme aquí en aquellos que se refieren al uso de la crítica histórica en sus diversos campos de aplicación. Según Pègues había sido reprobado por la autoridad pontificia:

«(18) Cualquiera que interprete la historia, no desde el punto de vista de los documentos tal como son, sino alterándolos para adecuarlos a las exigencias de aquello que llaman la evolución histórica. (19) Cualquiera que sustraiga los Libros santos, especialmente el Pentateuco y los tres primeros Evangelios, a los autores tradicionales que les dan su nombre, y busque su explicación en formaciones sucesivas añadidas a un núcleo primitivo. (20) Cualquiera que reduzca la verdad de los Libros santos a una simple verdad moral, sin que esa verdad entrañe la rigurosa verdad histórica. (21) Cualquiera que pretenda que los Padres y los doctores no han tenido conocimiento verdadero de la Sagrada Escritura en su sentido literal, y que por ese motivo no han tenido espíritu crítico, y que, por tanto, ellos son inferiores en su conocimiento literal o histórico de la Santa Escritura, a los críticos de hoy día, incluso a los heterodoxos. (22) Cualquiera que cifre el progreso de los estudios escriturísticos en la práctica del método histórico fundado sobre el agnosticismo, inmanentismo y el evolucionismo. [...]»

su situación dentro de la alta enseñanza eclesiástica obligaba, más que a otros, como deber sagrado, a obedecer las órdenes de los Soberanos Pontífices; ellos lo consultarán, de vez en cuando, centrándose en la tabla de la *Summa*, para no colocar, como le pasó a uno de ellos, en pleno consejo de Facultad de Teología, el tratado de *Verbo incarnato*, dentro de la *Prima Secundae*, en RTh 15 (1907) 302-303. El que enseña en la Iglesia debe conformarse a la voluntad del papa, el cual impone la doctrina de santo Tomás. O bien os adherís o dimitís: «La lealtad convierte en un deber estricto enseñar lo que el Papa quiere que se enseñe. Al que no lo quiere hacer, o no encuentra la resolución para hacerlo, no le queda más que una salida: ¡dimitir de sus funciones! No debería ni esperar a que la autoridad interviniera. [...] Plazca a Dios que este deber elemental sea comprendido por todos como debería serlo. La recomendación del Papa a los obispos alcanzaría entonces sus plenos efectos, sin que estos últimos tuvieran que ordenar exclusiones penosas y dolorosas», en RTh 15 (1907) 310.

34. RTh 15 (1907) 312.

35. RTh 15 (1907) 401-455.

36. Thomas M. PÈGUES, *Autour de l'encyclique*, en RTh 15 (1907) 663-674.

Marie-Joseph Lagrange frente a los teólogos hostiles a los exegetas

(25) Cualquiera que predique la innovación en las cosas de la Iglesia: en la filosofía, en la teología, en la manera de enseñar la historia, etc. (26) Cualquiera que desacredite la filosofía escolástica; a santo Tomás, la metafísica, la teología racional, exaltando, en su detrimento, la teología positiva; [o que desacredite] a los Padres de la Iglesia, los concilios, el papa, las tradiciones piadosas, las reliquias»³⁷.

En positivo, la encíclica sostiene y recomienda la filosofía escolástica, es decir, la filosofía de santo Tomás: «El buen sentido y la Iglesia están de acuerdo en proclamar como verdadera, en su conjunto, la filosofía de santo Tomás». A fin de cuentas, según Pègues, la encíclica era benéfica:

«Lejos de ser un movimiento de retroceso o de retirada, el acto del Papa es la solución del problema que los “modernistas católicos” habían intentado resolver, pero de una manera tan inconsiderada, que en lugar de reconducir a la verdad los espíritus alejados, ellos mismos se habían perdido y perdían a los fieles»³⁸.

La última intervención de Pègues, en este final de 1907, fue con ocasión de un artículo del jesuita Lebreton en *Études* del 20 de noviembre, contra los partidarios de un *aggiornamento* de la cultura católica:

«Nuestros católicos liberales o progresistas [los del siglo XIX] no tenían tanto desprecio por esta filosofía [la filosofía escolástica o mejor aún la filosofía y la metafísica de santo Tomás]. A la vez, ellos llegaban, por su crítica textual o literaria e histórica de nuestros Santos Libros, no sólo a desmentir sea la autenticidad sea la historicidad de los libros, sino también la historicidad del Pentateuco o de los tres primeros evangelios»³⁹.

El P. Lagrange, «habitado, afirmaba Pègues, a ser tratado como enemigo público, o al menos como crítico decididamente ignorante de los primeros principios de la teología»⁴⁰, no parecía inquietarse por las fanfarronadas del tomismo tolosano. Y es que en materia de hechos históricos, Pègues se había desacreditado para siempre haciéndose apologeta de Diana Vaughan, haciendo gala públicamente de su ingenua credulidad, en un artículo publicado por el periódico *L'Univers*, el 27 de abril de 1896⁴¹. Deseoso de obtener la autorización para asistir a la reunión pública en París, en el curso de la cuál Leo Taxil había previsto presentar al público a Diana Vaughan en persona (aun cuando lo que pretendía, de hecho, era revelar su fraude), Pègues argüía delante del maestro de la Orden que él era

37. RTh 15 (1907) 668-669.

38. RTh 15 (1907) 674.

39. Pègues concluía: «El mal del modernismo no debe limitarse para nosotros sólo a los excesos que, en razón de su carácter excesivo, no son quizás el lado más nocivo. Es, sobre todo, del espíritu modernista, empujado por las fuerzas envenenadas del cristianismo liberal, de lo que debemos desconfiar», en RTh 15 (1907) 689.

40. RB 15 (1906) 305.

41. Sobre esta cuestión, véase Eugen WEBER, *Satan franc-maçon. La mystification de Léo Taxil*, Julliard, Paris 1964, que reproduce el artículo de Pègues.

Bernard Montagnes

el único que se había dado cuenta de la ¡significación teológica del caso!** De golpe, la autoridad de todo un teólogo en materia de crítica histórica había quedado definitivamente arruinada. Así, en enero de 1904, la *Revue biblique* hacia referencia, sin lugar a dudas, a Pègues en un contexto más general:

«Sería demasiado cruel volver sobre los recientes incidentes [el asunto Vaughan] que después de veinte años han comprometido la buena reputación científica de los católicos, y cuyas consecuencias aún pesan gravemente sobre nosotros. Sin entrar en el detalle, se puede decir brevemente que nos ha faltado crítica, hasta el punto de que nuestra ingenua credulidad, casi inimaginable, ha sido calificada injustamente por algunos como una toma de posición»⁴².

En julio de 1904, la *Revue biblique* replicó a la *Revue thomiste*. Se dudaba de la competencia de Pègues y del P. Fonck, para contestar a la crítica histórica. En Alemania, la exégesis crítica, practicada por los católicos, había sido declarada sospechosa por el jesuita Fonck, quien se había constituido a sí mismo en paladín de la defensa de la fe: «En Francia, el mismo espectáculo», con el dominico Pègues en la *Revue thomiste*, donde, forzando el uso de las comillas, a modo de pinzas, separaba las posiciones que él estimaba reprobables:

«Está en juego algo más que una cuestión tipográfica. El R. P. Pègues es mucho menos sorprendente, seguramente, cuando defiende aquello que él ve como tradiciones antiguas y respetables, que cuando él se adhiere con credulidad devota a “Diana Vaughan” y al “Santo Sudario”. Los autores que él ataca, Mons. Batiffol y el P. Lagrange, buscan, en cambio, orientar las misticaciones del presente, y sospechan que el pasado podría haber acreditado algunas opiniones mal verificadas, aunque sean menos extrañas y más verosímiles que las que circulan hoy día»⁴³.

4. La posición del Padre Lagrange

Después de 1904, aunque el nombre de Pègues no volvió a aparecer en la *Revue biblique*, las relaciones entre exegetas y teólogos continuaron preocupando a Lagrange. El señalaba, en enero de 1907, que los católicos se enfrentaban en dos tendencias diferentes:

** Se dijo, en aquellos años, que una tal Diana Vaughan era hija del diablo y que los masones la adoraban; pero Diana Vaughan no existió jamás. Incluso la misma Teresa de Lisieux creyó ingenuamente que el diablo había tenido una hija, y rezó y pidió oraciones por ese personaje ficticio. Toda la farsa había sido inventada por Gabriel Jogang Pages, más conocido como Leo Taxil. Éste admitió finalmente su bufonada, pero algunos credulones afirmaron entonces que Taxil había sido obligado a retractarse, bajo amenazas (N. de la R.).

42. RB 13 (1904) 131, *Chronique*. El final de la cita: «En el último de los accesos de este género, ¿qué nueva confusión no nos estaría reservada a la opinión católica, si M. el canónigo Chevalier no se hubiera opuesto valientemente a la adhesión creciente al milagro, científicamente constatado (!), del Santo Sudario?».

43. RB 13 (1904) 454.

Marie-Joseph Lagrange frente a los teólogos hostiles a los exegetas

«Unos creen que es indispensable para la conservación de la fe no cambiar nada, o lo menos posible, en el bloque de la exégesis tradicional, sin distinguir entre la exégesis dogmática y la exégesis crítico-histórica. [...] Otros están más preocupados en llegar a la verdad histórica en detalle, persuadidos de que el interés de la fe se encuentra más en esta búsqueda ardiente y sincera, que en los alegatos más ingeniosos. Estos están perfectamente decididos, en el curso de su trabajo, a no separarse del dogma, aun a sabiendas de que su misión no es dar a la Escritura una interpretación dogmática, y que la crítica tiene sus reglas y unos métodos seguros, que se pueden y se deben aplicar sin profesar, por eso, una independencia absoluta frente a una regla superior. El dogma no es el principio de la hermenéutica histórica, sino solamente un buen indicio para no equivocarse. La Iglesia define el sentido dogmático, la crítica determina el sentido histórico»⁴⁴.

La más pequeña fisura echaría abajo el «bloque de la exégesis tradicional» tomado como un conjunto intangible. He aquí el peligro que señalaba Lagrange a propósito del libro de Jean Le Morin, *Vérités d'hier? La théologie traditionnelle et les critiques catholiques* (bajo este pseudónimo se ocultaba el asuncionista Émile Méquinion, en aquel momento próximo a su ruptura con la Iglesia):

«¿Quién no reconocerá aquí a un tradicionalista a punto de romper con su línea? Y ¿quién no verá como remedio una crítica sana y moderada, al mismo tiempo que una sólida teología?»⁴⁵.

De hecho, lejos de sentirse afectado por las condenas pontificias de 1907, Lagrange se alegraba de ellas como una clarificación que se hacía indispensable. Aunque no comentó la encíclica *Pascendi*, su actitud no varió con respecto a la que antes había adoptado con respecto a la encíclica *Providentissimus*: «El Papa nos pide que trabajemos no que le coreemos»⁴⁶. Desde entonces, aquello que él denominó «nota [ensayo] sobre el decreto *Lamenta-*

44. Sigue la cita: «Para no equivocarse, [¿es necesario?] que nosotros debamos dejar a los exegetas independientes estudiar solos en nombre de la crítica, salvo para hacer entrar en nuestros esquemas aquellas de sus soluciones que nos parecen absolutamente demostradas, evitándonos así de registrar concienzudamente los fracasos póstumos de nuestro antiguos exegetas?, ¿o no conviene a la dignidad de la Iglesia, de la cual somos hijos y servidores, cooperar nosotros mismos libremente a este progreso dentro de los límites sagrados de la fe que profesamos, bajo riesgo de equivocarnos alguna vez, sin comprometer a nadie más que a las insignificantes personalidades? Está claro que no se deberá dar como cierto más que aquello que es cierto, pero es necesario también que se puedan dar nuevas explicaciones como probables, y separarse, dentro de la interpretación histórica, de la rutina de los comentarios sin estar obligados por una demostración evidente. El progreso tiene este precio», en RB 16 (1907) 144.

45. RB 16 (1907) 296.

46. Nota de su mano, al margen, en una letra de Mons. Granello a Lagrange, 7 de febrero de 1894. De la misma manera, Lagrange justifica su actitud cuando le escribe a Cormier el 30 de octubre de 1907: «Se dirá, quizás, como algunas personas en 1894, que esta [actitud] demuestra falta de entusiasmo, pero aquello que se pierde por ese lado se recupera después en forma de madurez y de voluntad reflexiva de obedecer. Los más lisonjeros no son siempre los más sinceros, y a León XIII no le ha parecido mal nuestra actitud absolutamente devota pero sin adulación». Bernard MONTAGNES, *Exégèse et obéissance*, Correspondance Cormier-Lagrange (1904-1916), Paris, Gabalda, 1989, p. 166.

Bernard Montagnes

bili» adquirió mayor importancia⁴⁷. Este importante artículo de octubre de 1907 constituye un alegato a favor de la justa libertad de los métodos científicos. «El Santo Oficio no quiere ser un obstáculo para el libre desarrollo de una sana crítica. [...] Esto es una necesidad urgente»⁴⁸. La defensa de la verdad por la crítica histórica era, según Lagrange, «la única actitud que puede ser admitida hoy en día por ciertos espíritus, también por aquellos que están inquietos, cuyas angustias deberían conmover el corazón de cualquiera que tenga para ellos una alma fraternal»⁴⁹. Aunque la tentativa de Loisy había fracasado, «las dificultades restan en pie, dificultades que –es preciso reconocerlo– eran desconocidas para gran parte de los que triunfan fácil y ruidosamente»⁵⁰. La distinción entre el dogma y la historia, fundada tal distinción en la delimitación de sus campos respectivos de competencia, condiciona su armonía, la cual «no tiene que temer el empleo riguroso de los buenos métodos históricos»⁵¹.

El malentendido entre teólogos e historiadores, mediando tal clarificación epistemológica, podría darse por concluido:

«Nosotros reconocemos lealmente [...] que en el pasado, no han sido distinguidas suficientemente las dos luces que marcaban la ruta, y que ciertos teólogos han impedido la marcha de la historia. Pero estos teólogos no son los únicos, y uno puede ampararse en su juicio. [...] La sana crítica no tiene que temer a la sana teología. Cuando estemos de acuerdo con ellos [los teólogos] sobre los principios, ellos admitirán gustosamente nuestras apreciaciones críticas»⁵².

La posición de Lagrange estaba clara: «Nosotros no queremos componendas, afirmar el dogma contra la historia»⁵³. Sin duda era necesario denunciar (como lo hacía el decreto pontificio) la presunción de los historiadores, que pretendían terciar en las cuestiones dogmáticas en virtud de la ciencia: «¿La historia sería la Verdad que inspira infaliblemente a su discípulo?»⁵⁴ [...] La historia que camina hacia adelante con tanta seguridad no debería asombrarse de que alguien le recuerde su falibilidad»⁵⁵. Pero esta llamada al orden dejaba intacto el campo de competencia del historiador: «Sería desconocer la libertad del historiador, negarle que, por su cuenta, se atenga a un mínimo de exégesis crítica. Nadie le pide nada más, a condición de que esta exégesis no se imponga como una negación del sentido integral fijado por la Iglesia»⁵⁶.

Por el contrario, aunque es cierto que «las conclusiones históricas opuestas al dogma son falsas»⁵⁷, la pretensión de los teólogos de hacer de cada versículo de la Biblia una

47. *Le décret Lamentabili sane exitu et la critique historique*, en RB 26 (1907) 542-554.

48. RB 26 (1907) 553.

49. RB 26 (1907) 548.

50. RB 26 (1907) 548.

51. RB 26 (1907) 548.

52. RB 26 (1907) 554. Lagrange cita aquí lo mismo que escribió diez años antes en RB 5 (1896) 518.

53. RB 26 (1907) 554.

54. RB 26 (1907) 549.

55. RB 26 (1907) 553.

56. RB 26 (1907) 551.

57. RB 26 (1907) 554.

Marie-Joseph Lagrange frente a los teólogos hostiles a los exégetas

verdad revelada por Dios, incluso pretendiendo que «la mujer de Lot es la esencia del cristianismo»⁵⁸, está sacada de quicio y, como se ha demostrado con anterioridad, es así mismo peligrosa. «La crítica tiene una obra que hacer y no se puede proseguir sino con sus propios métodos»⁵⁹. Que la crítica, en su primera demostración, se haya pasado de la raya, no la descalifica para el futuro. Porque «hasta hoy no se había estudiado cuidadosamente el alcance de los textos bajo su aspecto literario e histórico»⁶⁰, obra científica que los teólogos no deberían difamar.

«La distinción de la historia y el dogma no obstaculiza su armonía, o más bien, ¿no es acaso necesaria la distinción para que haya armonía?»⁶¹. Mientras no se invada la competencia del otro, historiador y teólogo no deben enfrentarse sino colaborar. Este es el deseo con el cual Lagrange concluía su reflexión epistemológica.

* * *

Demasiado crítico para los teólogos, demasiado teológico para los críticos, el P. Lagrange mantuvo un difícil equilibrio que lo expuso a la contestación de los dos bandos. Hoy en día, quizás lamentemos que este valeroso pionero no haya sido más defendido mientras vivía por los responsables de la Iglesia⁶². El error de los teólogos en materia de astronomía, del cual Galileo fue víctima, no ha estado lejos de reproducirse en materia de exégesis con el Padre Lagrange. Ha sido el papa Juan Pablo II el que ha comparado las dos situaciones históricas dirigiéndose a los miembros de la Academia Pontificia de las Ciencias, el 31 de octubre de 1992, cuando deploraba, a manera de *mea culpa*, que en los dos casos la prudencia pastoral haya inspirado «una decisión precipitada y desafortunada»:

«En virtud de su propia misión, la Iglesia tiene el deber de estar atenta a las incidencias pastorales de su palabra. Que quede claro, antes que nada, que esta palabra se debe corresponder con la verdad⁶³. [...] Habría sido necesario vencer los hábitos intelectuales e inventar una pedagogía capaz de iluminar al pueblo de Dios. Digamos, de una manera general, que el pastor debe mostrarse preparado para una auténtica audacia, evitando el doble escollo de la actitud timorata y del juicio precipitado, ya que uno y otro pueden hacer mucho daño. Una crisis análoga a aquella a la que nos referimos [Galileo] puede ser evocada. Entre el siglo pasado y el inicio del nuestro, el progreso de las ciencias históricas ha permitido adquirir nue-

58. M.-J. LAGRANGE, *Éclaircissement sur la Méthode historique*, Librairie Victor Lecoffre, Paris 1905, p. 81: «Es, como siempre, el bloque intangible. La mujer de Lot forma parte, sin lugar a duda, de la esencia del cristianismo. No se le puede aplicar otro criterio que el de la Encarnación del Verbo».

59. RB 26 (1907) 554.

60. RB 26 (1907) 553.

61. RB 26 (1907) 554.

62. Bernard MONTAGNES, *Un pionnier audacieux mais suspecté*, en Jean-Michel POFFET (dir.), *La Bible: le livre et l'histoire. Actes des Colloques de l'École biblique de Jérusalem et de l'Institut catholique de Toulouse (nov. 2005) pour le 150º anniversaire de la naissance du P. M.-J. Lagrange, O.P.*, Gabalda (Cahiers de la Revue biblique, 65), Paris 2006, pp. 155-170.

63. «Pero se trata de saber», prosigue el papa, como tomar en consideración un dato científico nuevo cuando parece contradecir las verdades de la fe. El juicio pastoral que pedía la teoría copernicana era difícil en la medida en que el geocentrismo parecía formar parte de la enseñanza de la Escritura».

Bernard Montagnes

vos conocimientos sobre la Biblia y el medio bíblico. El contexto racionalista en el cual, la mayoría de las veces, los descubrimientos eran presentados, ha podido parecer ruinoso para la fe cristiana. Algunos, con la preocupación de defender la fe, han pensado que era necesario rechazar algunas soluciones históricas claramente establecidas. Esta fue una decisión precipitada y desafortunada. La obra de un pionero como el Padre Lagrange fue la de haber sabido llevar a cabo los discernimientos necesarios sobre la base de criterios seguros»⁶⁴.

De esta manera, se ha hecho justicia a aquel que se declaraba, en el *memento*, que el mismo había preparado para su muerte: «fils de l’Église qu’il aurait voulu servir» (hijo de la Iglesia a la que él sólo quiso servir)***.

[Trad. de Santiago Casas]

Bernard Montagnes O.P.
Couvent Saint-Thomas-d’Aquin
Impasse Lacordaire
F-31078 Toulouse Cedex 4
<bernard.montagnes@dominicains.com>

64. «Acta Apostolicae Sedis», 85 (1993) 764-772 (cita p. 767-768). Discurso en francés.

*** El autor se refiere al *recordatorio*, tarjeta o impreso breve en que, con fines religiosos, se recuerda la fecha del fallecimiento de una persona.